



Ramona Jiménez, 80 años.  
María del Carmen Ayllón Sánchez, 23 años

## Aprender a los ochenta

Ramona Jiménez acude cada martes al centro de mayores Pérez de Ayala para aprender a leer y escribir

Tiene Ramona Jiménez una mirada sabia que refleja el paso de los años con un atisbo de orgullo. Un orgullo sano por haber conseguido construir una vida digna en tiempos difíciles, por haber logrado regalar a sus seis hijos un buen futuro. No son pocos los sinsabores que ha tenido que padecer puesto que el día a día era muy complicado en un país que hace setenta años era, según la propia entrevistada, "tercermundista". Octogenarios como Ramona han tenido que vivir el dramatismo de una guerra injusta, como todas, y la convalecencia de una posguerra donde la lucha por la supervivencia se hacía más dura, si cabe, que en la propia guerra.

Mujeres como Ramona parecen poseer la fórmula del elixir de la eterna juventud. Es la suya una vida ejemplar como madre, esposa, abuela y, desde hace dos años, alumna del centro para mayores Pérez de Ayala, de Vallecas. Allí acude todos los martes a hacer aquello que le fue negado en su infancia: aprender a leer y a escribir.

A sus ochenta años ha decidido recuperar el tiempo perdido y con la vitalidad que, sólo da la ilusión, toma papel y lápiz para moldear su caligrafía, que asegura que "es muy buena" y esforzarse por unir las letras que, según reconoce, tanto le cuesta. Reconoce no haber pisado un colegio en la vida y sentir cierta vergüenza la primera que lo hizo hace dos años. Al llegar al centro se dio cuenta de que no era la única en esta situación. Más de un millón de personas son analfabetas en nuestro país, según datos facilitados por el Instituto Nacional de Estadística (INE) a través de un informe publicado con motivo del XXV aniversario de la Constitución Española. La población sin estudios ha disminuido un 10,3% en el último cuarto de siglo, en cambio, más de un millón de españoles mayores de 55 años aún no saben leer ni escribir. La Constitución de 1978 supuso un avance en muchos aspectos. El artículo 27 reconoce que "todos tienen derecho a la educación" y los poderes públicos deberán garantizar ese derecho a todos los ciudadanos. Ramona no desea ningún título académico ni ninguna distinción oficial, tan sólo quiere gozar de la satisfacción de leer y escribir por sí misma.

Nuestra protagonista nació en Daimiel, provincia de Ciudad Real, hace ya ochenta años en el seno de una familia humilde y campesina. El trabajo en el campo y las tareas del hogar absorbían la vida de Ramona y de su hermana que jamás pisaron una escuela. "No tengo más dolor en mi alma que el de no poder aprender a leer y escribir" asegura con un halo de tristeza en su mirada mientras añade, con cierta resignación, que los padres sólo permitían el acceso a la escuela de los hijos varones. Las niñas no necesitaban más aprendizaje que el de "aprender a guisar y a coser" con el único objetivo de formar una familia cuando contrajeran matrimonio. Esta actitud es impensable hoy en día porque la educación para todos es uno de los pilares de nuestra sociedad.

Quizás hubiera sido Ramona mujer de negocios, periodista, maestra...sin embargo no le dio la vida esa oportunidad. Le brindó la ocasión de casarse a los



veinte años y compartir con su marido seis décadas de anécdotas, unas buenas y otras no tanto, y seis hijos de los que se siente tremendamente orgullosa. De lo que no cabe duda es que su gran iniciativa la ha llevado a sortear los baches y salir adelante una y otra vez. Ramona ha sido y es una mujer emprendedora, en la medida de las licencias que le ha otorgado una sociedad machista y restringida. No dudó en hacer las maletas para volar hacia el lado opuesto del mundo: Australia y buscar allí una vida mejor, sin embargo, el embarazo de uno de sus hijos le impidió pasar las pruebas requeridas. El destino quiso que se quedara en España y que uno de sus hijos probara, más tarde, suerte en Alemania.

La emigración, tanto del campo a la ciudad como de nuestro país al extranjero, fue constante durante las décadas de los años cincuenta y sesenta. Ramona vino a Madrid un año después de casarse y se estableció “en el barrio de Fontarrón que estaba lleno de chabolas y donde no había ni agua, ni luz ni ningún otro servicio”. Una sola habitación formaba el hogar en que vivía el matrimonio con sus seis hijos. Su vida ha estado ligada hasta ahora a esta barriada, situada entre los madrileños distritos de Vallecas y Moratalaz.

## Lo importante de la vida

A su edad Ramona no pide grandes cosas a la vida. Tan sólo salud y felicidad para ver crecer a sus nietos y la suficiente fuerza de voluntad para terminar con éxito la aventura que ha iniciado: la aventura de aprender pero asegura que si pudiera volver para atrás no la frenaría nadie.